

# Acercamiento al Pacto Educativo Global\*

Francisco Niño Súa\*\*

Recepción: 20 de febrero de 2020

Aprobación: 30 de marzo de 2020

Citar como:

Niño Súa, F. (2021). Acercamiento al Pacto Educativo Global. *Albertus Magnus*, XII(1). <https://doi.org/10.15332/25005413.xxxx>



## Resumen

Hablar del Pacto Educativo Global implica profundizar en el pensamiento del Papa Francisco, en la génesis y en las consecuencias de una propuesta verdaderamente revolucionaria. Por eso voy a realizar mi presentación en un pequeño “Decálogo” de tres secciones, cada una de ellas tripartita, que he denominado “Texto”, “Contexto” y “Postexto” (este último como una especie de neologismo que proyecta el texto y su contexto hacia el futuro). En la última parte, la conclusión, me referiré a sus implicaciones para el quehacer teológico. Siguiendo el método escolástico comenzaré esta primera parte con una necesaria clarificación de términos.

**Palabras clave:** Pacto Educativo Global, Papa Francisco, Facultad de Teología, educación católica.

---

\* Lectio Inauguralis presentada en la Facultad de Teología de la Universidad Santo Tomás en el 2020.

\*\* Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: [francin@colomsat.net.co](mailto:francin@colomsat.net.co); ORCID: <https://orcid.org/xxxx>

## El texto: “Pacto Educativo Global”

### Pacto

El término “pacto”, como sinónimo de “alianza” hunde sus raíces en la Historia Sagrada. *Berit*, en hebreo, aparece numerosas veces en el relato bíblico, para describir pactos entre pueblos y grupos, entre familiares y amigos, para referirse a tratados de paz, de amistad o matrimonio. Pero el término ilumina sobretodo la dimensión existencial de la relación de Dios con Israel, como se observa claramente en la alianza del Sinaí (cf. Ex 24) y que será el fundamento tanto de la promesa mesiánica como de las denuncias proféticas y de las reformas religiosas. Oseas, Jeremías, Ezequiel y Daniel, son algunos de los que profundizan en el pacto sinaítico para mirar hacia el futuro y vislumbrar la promesa de una nueva alianza, de un nuevo compromiso eterno e inquebrantable que será expresado en griego por el término *diathéke*, empleado ya por los LXX. Es este el vocablo utilizado en los cuatro relatos de la Última Cena será desarrollado en los textos paulinos, en la Carta a los Hebreos y en los escritos de los Padres de la Iglesia para expresar la nueva relación de Dios con los hombres, sellada con la sangre de Cristo y que actualizamos en la participación eucarística.

La experiencia religiosa expresada en la Sagrada Escritura tiene su fundamento en la naturaleza social de la humanidad. A lo largo de la historia, personas y grupos se vinculan entre sí con pactos y contratos, en el que dos o más partes se comprometen, con ciertas solemnidades, a cumplir determinados acuerdos, acciones o decisiones. Es lo que presenta *La República* de Platón como origen de la justicia, y Cicerón, Justiniano y todo el Derecho Romano, cuando plantean la necesidad de que los individuos articulan su libertad para construir el bien común. Piénsese en todo el desarrollo moderno, presentado desde diversas perspectivas por

filósofos como Thomas Hobbes (*Leviatán*, 1651), John Locke (*Dos ensayos sobre el gobierno civil*, 1690) o Juan Jacobo Rousseau (*El contrato social*, 1762).

En definitiva, como lo indica su etimología latina, el *pactum*, vinculado con *pax-cis*, expresa un "deber" derivado de un acuerdo de voluntades, un convenio de mutuos compromisos, que genera paz al evitar o cesar el conflicto. Los pactos se dan entre personas, grupos o instituciones, iguales o desiguales y siempre significan una ganancia y una cesión. Las motivaciones van desde el temor, la búsqueda de beneficios o la filantropía. Se dan en todos los órdenes, sea militar, político, económico, social o en cualquier otro ámbito. Piénsese en el Pacto de Letrán (1929), el Pacto de Varsovia (1955) o en el Pacto Andino (1969).

### **Educativo**

Pasemos al segundo término, un poco más complejo: es el adjetivo que en nuestro caso califica al sustantivo "pacto" y que dice relación con la educación. Son infinitas las definiciones que se han dado de este concepto e interminables los matices y enfoques que ha asumido en el largo proceso de la historia de la humanidad y del desarrollo de las culturas. Un primer acercamiento etimológico nos remite a dos términos latinos, *e-ducere*, que significa "sacar, extraer, conducir fuera", y *educare*, que quiere decir "criar, cuidar, instruir, formar".

La educación, como proceso social que facilita el aprendizaje o la adquisición de conocimientos, habilidades, creencias y valores, es tan antigua como la humanidad, y en tal sentido, es propio e inherente de la civilización. Desde los orígenes de la humanidad, pueblos y culturas han generado procesos que van más allá de las pautas existentes en el mundo animal, que han superado la dinámica de la imitación o el doloroso

método del ensayo/error, y que, especialmente por la vía oral, han permitido a las personas relacionarse, comunicarse, ampliar sus horizontes, preguntarse por el sentido de las cosas y de la existencia misma, anticipar eventos, desarrollar procedimientos, producir nuevos elementos, curar enfermedades, desplegar nuevas potencialidades.

Así entendida, la educación cubre también todo el arco de la existencia humana, si bien en el transcurso de los tiempos han ido apareciendo instituciones que se especializaron para profundizar en algunos campos del saber, como fue el caso de las escuelas presentes en el Imperio medio egipcio, la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles o en el entorno de Confucio en la antigua China. Los esclavos griegos conocidos como “pedagogos” en el Imperio romano fueron dando paso al surgimiento de las “artes liberales” que enseñaban el *trivium* (gramática, dialéctica y retórica) y el *cuadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Enseñar a hablar, escribir y dialogar, contar, calcular, conocer el mundo y expresar los sentimientos, constituían las “bellas artes” que se enseñaban tras Alcuino en la Escuela palatina de Carlomagno, en las escuelas catedralicias y en los *studia generalia* que dieron origen a las Universidades.

Pero fue lo que se conoce como “el surgimiento de la ciencia” en el siglo XVI, las crisis y transformaciones del siglo XVII, la ilustración en el siglo XVIII y la revolución industrial en el siglo XIX, lo que especializó y universalizó el ámbito de la educación en el mundo moderno, con las reformas educativas que se dieron a partir del siglo XIX, y que estructuraron los actuales sistemas pedagógicos, aunque sin eliminar del todo la antigua contraposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Son muchas las críticas que se han hecho a un sistema que ha cambiado poco en los últimos casi 200 años (baste visualizar la canción de Pink Floyd *Another brick in the Wall*, o profundizar en los aportes teóricos

y a la vez profundamente prácticos de autores como Vigotsky, Piaget, Skinner, Bruner, Benjamín Bloom, Howard Gardner, Noam Chomsky, Ken Robinson, o en nuestro contexto latinoamericano de la educación liberadora de Paulo Freire, por citar sólo algunos de las más variadas corrientes).

### **Global**

No menos complejo es el segundo adjetivo calificativo de la propuesta del Papa Francisco. “Global” es un término “que abarca o hace referencia al mundo entero, como resultado de la globalización”, entendida ésta como la tendencia fortalecida en la segunda mitad del siglo XX (tras la segunda posguerra, el desarrollo de la energía atómica, la llegada a la luna, la invención del chip o la universalización del uso de internet o de plataformas sociales), a “mundializar” casi todas las dimensiones de la vida (economía, tecnología, política, MCS, etc.), superando los límites nacionales y culturales. De hecho, aunque recibido por la RAE, algunos consideran que se trata de un anglicismo y que responde más a su significado castellano el uso del galicismo “mundialización”.

Es innegable que el proceso de globalización (o “mundialización”) de contenidos, patrones sociales, educativos y de todo orden tiene una connotación ambivalente. Por un lado, se rompen todo tipo de fronteras y se amplían las perspectivas en el mundo de la vida; por otro lado, también se globalizan los problemas, los desequilibrios, las dependencias, las ideologías, y hasta las pandemias.

La revolución informática propiciada por los desarrollos tecnológicos y comunicativos ha hecho que el mundo se vuelva pequeño, “una aldea global”, en palabras del Papa Francisco (concepto tomado de la obra de Marshall McLuhan quien comienza a utilizarlo en 1962 -!- y hace

referencia a las consecuencias socioculturales de la comunicación inmediata y mundial de todo tipo de información). Fenómenos impactantes que antes pasaban desapercibidos, hoy son transmitidos en tiempo real y generan réplicas y consecuencias inmediatas. Movimientos sociales (los “indignados”, “*me too*”, las protestas sociales de 2019, los levantamientos contra el racismo de algunos policías en Estados Unidos en el 2020 o lo que está sucediendo en Birmania), políticas económicas, proyectos legislativos, modas y patrones de conducta, van rodando por el mundo a velocidades vertiginosas, desbordando las fronteras político-administrativas y consolidando una “cultura global”. Por otro lado, este fenómeno se refleja muy positivamente en una creciente democratización de los ambientes, en un más fácil seguimiento de las políticas públicas, en una mayor eficacia en campañas conjuntas (p. e., contra el terrorismo o el narcotráfico), etc.

Hay vehemencia y pasión tanto entre los que consideran positiva la globalización, como entre los que la atacan convencidos de que se trata de una fuerza alienante que destruye la identidad cultural e impone y universaliza fuerzas dominantes que no siempre tienen fundamento axiológico. Existen posiciones más moderadas y algunas que acentúan otros matices. Y hay otro sector que en la práctica asume pasivamente la fuerza del fenómeno, como lo hizo inicialmente Francis Fukuyama en su libro (*El fin de la historia*, 1992), explicando que el camino de la humanidad entendido como la lucha de ideologías ha llegado a su punto final con la universalización de la democracia liberal occidental.

Finalmente, hay en la práctica un uso cotidiano del término que entiende el adjetivo “global”, como “aquello que se refiere a todo un conjunto, y no a sus partes”. Es aquí, donde sin ignorar la discusión precedente, debe ubicarse la propuesta del Papa Francisco. En cuanto determinante del sustantivo “Pacto” y de su adjetivo “educativo”, “global” se orienta a

señalar que no se trata sólo de la actividad formativa de la escuela, del servicio pedagógico del maestro, de los procesos didácticos que se desarrollan dentro de las aulas. Así “globalmente” entendida, la educación se entiende como un proceso social, que tiene, sin duda, un énfasis en las primeras etapas de la vida y un protagonismo de variadas personas, acciones, instituciones y estructuras, pero que además de cubrir todo el arco de la existencia, compete a toda la sociedad y al entorno cultural en su conjunto.

En síntesis, lo que el Papa Francisco hace al proponer un “Pacto Educativo Global”, es plantear una propuesta y explicitar un desafío, para que humanidad en su conjunto y en cada una de sus concreciones geográficas y culturales, tome conciencia de que el futuro, es responsabilidad de todos, que es necesario repensar y reorientar la educación, sus procesos, dinámicas y prioridades, y asumir nuevos compromisos para que el proyecto amoroso de Dios se haga realidad en un mundo cada vez más justo y fraterno.

### **El contexto de la propuesta del Pacto Educativo Global**

Este último párrafo es, sin duda, una interpretación de lo que propone el Santo Padre. Pero no se trata de una afirmación peregrina, sino de una conclusión que surge del contexto, personal y ministerial del Papa Francisco. Para entenderlo voy a tomar tres escenarios vitales contextuales: el de los jesuitas en general, el del Padre y el Arzobispo Bergoglio en particular, y específicamente, el del Obispo de Roma.

#### **Los jesuitas y la educación**

No pretendo hacer una psicogénesis de Jorge Mario Bergoglio sino simplemente presentar algunos elementos que permitan ampliar el horizonte y a la vez concretar las características de la propuesta del Papa

Francisco comenzando por la identidad del jesuita. Tampoco pretendo resumir en pocas líneas la espiritualidad ignaciana. Quiero sólo señalar una dimensión que se puede sintetizar en una afirmación que hago parodiando una conocida sentencia inglesa que dice “*Once a Philosopher, always a Philosopher*” (“quien alguna vez ha sido filósofo, siempre será filósofo”). En este contexto yo diría “*Once a Jesuit, always an Educator*”: “El que es jesuita, siempre será educador”.

No es una afirmación difícil de probar y para ello basta mirar al mismo san Ignacio y a la génesis de la Compañía de Jesús. Aunque no hay un libro que condense la perspectiva educativa de san Ignacio, hay tres fuentes que marcaron esta orientación del carisma jesuítico: los *Ejercicios Espirituales*, las *Constituciones* de la Compañía de Jesús y la colección de sus *Cartas e instrucciones*. Sería tan absurdo pretender encontrar en esos documentos un Proyecto Educativo Institucional o un manual de pedagogía ignaciana, como obtuso ignorar en los *Ejercicios* una dinámica pedagógica integral, tachar de anacrónicas las indicaciones de la cuarta parte de las *Constituciones* (“De los Colegios y Universidades”) que darán origen a la “Ley orgánica de la Enseñanza y la educación” de la Compañía de Jesús o ignorar las preciosas y concretas luces que se derivan de las *Cartas e Instrucciones*.

En edición

San Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús en 1534. Pablo III la aprueba en 1540 y en ese mismo año empiezan a fundarse colegios jesuíticos como simples residencias cercanas a universidades (París, Padua, Coimbra, Valencia, Valladolid, Bolonia, Barcelona, Colonia, Alcalá, Salamanca, entre otros), que muy pronto se dedicaron a enseñar, primero a los jesuitas y luego a todo tipo de alumnos (como el de Goa, en la India o el de Gandía, en la sede ducal de san Francisco de Borja). Los jesuitas se multiplican como docentes en las universidades (como san Roberto Belarmino en 1570 en Lovaina), antes de finalizar el siglo XVI ya se

encuentra una verdadera red mundial de centros educativos y para el primer centenario de su fundación, llegan a ser cerca de medio millar de escuelas de la Compañía en todo el mundo.

En el contexto del humanismo renacentista, las innovaciones pedagógicas y la eficacia de los métodos de enseñanza son la preocupación fundamental que busca mejorar los estudios, como se refleja en la *Ratio Studiorum* (1599), derivada de la espiritualidad ignaciana. Se concibe la educación como un programa vital, centrado en el conocimiento experiencial y dialógico, en un sistema bien organizado que integra los diversos niveles y grados con criterios prácticos y flexibles, pues “no todo conviene a todos ni de la misma manera”.

En efecto, el recio militar de formación aristocrática que pasó por las universidades de Barcelona, Alcalá, Salamanca y París, el Licenciado en Filosofía y Doctor en Artes, se encuentra ya en Venecia en 1535 con sus compañeros, todos doctores de la Sorbona, con quienes comparte el ideal de transformar la educación de la niñez y la juventud, en un contexto en que la fragmentación reinaba por doquier: el humanismo se diluía, las universidades se habían separado de la cátedra de Pedro, la filosofía de la teología, la reforma protestante había dividido la Iglesia, el clero, las legislaciones y las lenguas se encerraban en estrechos confines nacionales. En un mundo fragmentado, la educación en colegios, escuelas y universidades aparece para san Ignacio y sus compañeros como el camino indicado para reformar el mundo.

Esta pedagogía ofrece un diseño que no busca ir hasta los últimos detalles de su concreción, sino que deja espacio a la libertad y a la autodeterminación. También es innovadora la popularización de la oferta educativa, que busca en la gratuidad la mayor participación posible de las nuevas generaciones. Se pretende de manera explícita el justo equilibrio

entre la teoría, la técnica y la práctica; el celo y entusiasmo por la tarea educativa; el cuidado por el método para enseñar y educar; la opción por una pedagogía activa que evite la clase escrita, leída o dictada; la dimensión universitaria de la formación en sentido universalista, en cuanto pretende la elevación de la cultura del pueblo; la búsqueda continua del *magis*, el bien mayor. Y en todo, obviamente, “*amar y servir*”.

Estas breves pinceladas de la inicial y constitutiva dimensión pedagógica de san Ignacio y de la Compañía ha acompañado el devenir histórico de los jesuitas hasta el presente, y se visualiza muy concretamente en la novedosa y profética experiencia de las misiones y de las reducciones en la América hispana y lusitana desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII.

### **El padre y el arzobispo Bergoglio**

Es esa misma caracterización la que va a configurar al Padre Jorge Mario Bergoglio. Una rápida mirada a la biografía del futuro Papa, permite observar que, salvo sus años como Provincial o sus últimos años en Córdoba, antes de ser ordenado Obispo, estará siempre vinculado a instituciones educativas, como alumno, docente o directivo. De su formación como técnico en Química pasa al Seminario diocesano de Villa Devoto y a comienzos de 1958 entra en el noviciado de la Compañía de Jesús. Completa sus estudios de humanidades en Chile y en 1963, al regresar a Argentina, donde se licencia en Filosofía en el Colegio de San Miguel. Entre 1964 y 1965 es profesor de literatura y psicología en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe y en 1966 enseña las mismas materias en el Colegio del Salvador en Buenos Aires. De 1967 a 1970 estudió teología en el Colegio San José, y obtiene la Licenciatura. Tras ser ordenado Presbítero en 1969, prosigue su preparación de 1970 a 1971 en

Alcalá de Henares (España). De nuevo en Argentina, es Maestro de novicios, profesor en la Facultad de Teología, y también Rector del Colegio. Tras sus seis años de provincialato (1973-1980), reanuda el trabajo en el campo universitario, y entre 1980 y 1986 es de nuevo Rector del Colegio de San José. En marzo de 1986 se traslada a Alemania para ultimar la tesis doctoral; regresa a trabajar en el Colegio del Salvador en Buenos Aires y finalmente es destinado a la Iglesia de la Compañía de la ciudad de Córdoba, como director espiritual y confesor hasta el 20 de mayo de 1992 cuando el Juan Pablo II le nombra Obispo titular de Auca y auxiliar de Buenos Aires.

Dentro de los múltiples aspectos que destacan en el ministerio pastoral de Jorge Mario Bergoglio como Arzobispo de Buenos Aires, llama la atención el explícito y constante realce que da a la cuestión educativa. En el texto publicado por la Conferencia Episcopal de Colombia el que se compilan algunas de las reflexiones mensajes y homilias del Arzobispo Bergoglio en torno a la educación (*Hacia un pacto educativo global*, SM 2020), no deja de admirar cómo en medio de las múltiples y crecientes responsabilidades que se derivaban de su ministerio episcopal y que le encomendaban la Iglesia latinoamericana y universal, el arzobispo de Buenos Aires se esfuerza por presidir personalmente la Eucaristía al comienzo de cada año lectivo, por acompañar cercanamente a su Vicario y a la Vicaría de Educación y por dirigir también cada año un mensaje a las comunidades educativas.

Dentro de ese voluminoso magisterio, es fácil encontrar ya en germen o de manera explícita, algunos de los aspectos que van a caracterizar y a aparecer de manera reiterativa en el ministerio del Papa Francisco, así como los elementos constitutivos de su Propuesta del “Pacto Educativo Global”. No entro aquí en detalles porque prefiero profundizar en su posterior propuesta sistemática.

## La propuesta del pacto educativo global del papa francisco

Además de todo el magisterio petrino, hay tres textos del Papa Francisco que se refieren explícitamente al Pacto Educativo Global. Los transcribo completos como anexo, pero en esta *Lectio* resalto sólo algunos apartes:

1. El 12 de septiembre de 2019 el Papa hace el lanzamiento del Pacto con un Mensaje pronunciado en el Vaticano, que comienza diciendo: “renuevo la invitación para dialogar sobre el modo en que estamos construyendo el futuro del planeta y sobre la necesidad de invertir los talentos de todos, porque cada cambio requiere un camino educativo que haga madurar una nueva solidaridad universal y una sociedad más acogedora”. Al convocar el evento, inicialmente propuesto para el 14 de mayo de 2020, explicita su finalidad: “reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión”. Y tras mencionar la época de cambio que vivimos, señala la necesidad de “una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna”. El cambio exigido “necesita un camino educativo que involucre a todos. Para ello se requiere construir una “aldea de la educación” donde se comparta en la diversidad el compromiso por generar una red de relaciones humanas y abiertas”. La fraternidad, como elemento indispensable, permitirá “la convergencia global para una educación que sea portadora de una alianza entre todos los componentes de la persona: entre el estudio y la vida; entre las generaciones; entre los docentes, los estudiantes, las familias y la sociedad civil con sus expresiones intelectuales, científicas, artísticas, deportivas, políticas, económicas y solidarias. Una alianza entre los habitantes de la Tierra y la “casa común”, a la que debemos cuidado y respeto. Una alianza que suscite paz, justicia y acogida entre todos los pueblos de la familia

humana, como también de diálogo entre las religiones”. El primer paso para alcanzar esos objetivos globales es “tener la valentía de colocar a la persona en el centro. Para esto se requiere firmar un pacto que anime los procesos educativos formales e informales, que no pueden ignorar que todo en el mundo está íntimamente conectado y que se necesita encontrar —a partir de una sana antropología— otros modos de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso”. Tras reiterar su rechazo a la “cultura del descarte”, el Papa Francisco propone otro paso: “la valentía de invertir las mejores energías con creatividad y responsabilidad. La acción propositiva y confiada abre la educación hacia una planificación a largo plazo, que no se detenga en lo estático de las condiciones. De este modo tendremos personas abiertas, responsables, disponibles para encontrar el tiempo para la escucha, el diálogo y la reflexión, y capaces de construir un tejido de relaciones con las familias, entre las generaciones y con las diversas expresiones de la sociedad civil, de modo que se componga un nuevo humanismo”. El tercer paso que plantea es “la valentía de formar personas disponibles que se pongan al servicio de la comunidad. El servicio es un pilar de la cultura del encuentro” y, “en esta perspectiva, todas las instituciones deben interpelarse sobre la finalidad y los métodos con que desarrollan la propia misión formativa”.

2. En el Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede el 9 de enero de 2020, el Papa señala la urgencia de que “los adultos no depongan la tarea educativa que les compete, más aún, que se hagan cargo de dicho compromiso con mayor dedicación, para conducir a los jóvenes a la madurez espiritual, humana y social”. Por ello recuerda la convocatoria - aún prevista para el 4 de mayo-, que tendrá como tema “Reconstruir el pacto educativo global”. Tras retomar algunas ideas de su mensaje de lanzamiento, Francisco va más allá: “la educación no termina en las aulas

de las escuelas o de las universidades, sino que se afirma principalmente respetando y reforzando el derecho primario de la familia a educar, y el derecho de las Iglesias y de los entes sociales a sostener y colaborar con las familias en la educación de los hijos. Educar exige entrar en un diálogo sincero y leal con los jóvenes”.

3. Finalmente, en el videomensaje con ocasión del evento, que fue pospuesto para el 15 de octubre de 2020, el Papa Francisco comienza por reconocer la dura realidad que se vive: “A las dificultades sanitarias se sumaron después las económicas y sociales. Los sistemas educativos de todo el mundo han sufrido la pandemia tanto a nivel escolar como académico”. Al reconocer la “catástrofe educativa” generada por el coronavirus, Francisco invita a vencer el pesimismo: “Conocemos el poder transformador de la educación: educar es apostar y dar al presente la esperanza [...]. Educar es siempre un acto de esperanza que invita a la coparticipación y a la transformación de la lógica estéril y paralizante de la indiferencia en otra lógica distinta, capaz de acoger nuestra pertenencia común”, de generar hospitalidad, solidaridad y trascendencia y de construir una nueva cultura. Pero si “cualquier cambio requiere un itinerario educativo”, “la educación es una de las formas más efectivas de humanizar el mundo y la historia”. “Por tanto, la educación se propone como el antídoto natural de la cultura individualista”. “Hoy es necesario un nuevo periodo de compromiso educativo, que involucre a todos los componentes de la sociedad”. Se trata de un renovado camino educativo que afronta las exclusiones y las injusticias, un itinerario integral “en salida” hacia los que más sufren, un camino compartido que vence la indiferencia. “Consideramos que es el momento de firmar un pacto educativo global para y con las generaciones más jóvenes, que involucre en la formación de personas maduras a las familias, comunidades, escuelas y universidades, instituciones, religiones, gobernantes, a toda la

humanidad”. Y el Papa concreta: “Hoy se requiere la parresia necesaria para ir más allá de visiones extrínsecas de los procesos educativos, para superar las excesivas simplificaciones aplanadas sobre la utilidad, sobre el resultado —estandarizado—, sobre la funcionalidad y la burocracia que confunden educación con instrucción y terminan destruyendo nuestras culturas; más bien se nos pide que busquemos una cultura integral, participativa y multifacética. Necesitamos valentía para generar procesos que asuman conscientemente la fragmentación existente y los contrastes que de hecho llevamos con nosotros; la audacia para recrear el tejido de las relaciones a favor de una humanidad capaz de hablar el lenguaje de la fraternidad. El valor de nuestras prácticas educativas no se medirá simplemente por haber superado pruebas estandarizadas, sino por la capacidad de incidir en el corazón de una sociedad y dar nacimiento a una nueva cultura. Un mundo diferente es posible y requiere que aprendamos a construirlo, y esto involucra a toda nuestra humanidad, tanto personal como comunitaria”.

Hacemos un llamamiento de manera particular a los hombres y las mujeres de cultura, de ciencia y de deporte, a los artistas, a los operadores de los medios de comunicación, en todas partes del mundo, para que ellos también firmen este pacto y, con su testimonio y su trabajo, se hagan promotores de los valores del cuidado, la paz, la justicia, la bondad, la belleza, la acogida del otro y la fraternidad. Por estos motivos nos comprometemos personal y conjuntamente a:

—Poner en el centro de todo proceso educativo formal e informal a la persona, su valor, su dignidad, para hacer sobresalir su propia especificidad, su belleza, su singularidad y, al mismo tiempo, su capacidad de relacionarse con los demás y con la realidad que la rodea, rechazando esos estilos de vida que favorecen la difusión de la cultura del descarte.

—Segundo: Escuchar la voz de los niños, adolescentes y jóvenes a quienes transmitimos valores y conocimientos, para construir juntos un futuro de justicia y de paz, una vida digna para cada persona.

—Tercero: Fomentar la plena participación de las niñas y de las jóvenes en la educación.

—Cuarto: Tener a la familia como primera e indispensable educadora.

—Quinto: Educar y educarnos para acoger, abriéndonos a los más vulnerables y marginados.

—Sexto: Comprometernos a estudiar para encontrar otras formas de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso, para que estén verdaderamente al servicio del hombre y de toda la familia humana en la perspectiva de una ecología integral.

—Séptimo: Salvaguardar y cultivar nuestra casa común, protegiéndola de la explotación de sus recursos, adoptando estilos de vida más sobrios y buscando el aprovechamiento integral de las energías renovables y respetuosas del entorno humano y natural, siguiendo los principios de subsidiariedad y solidaridad y de la economía circular.

El Papa Francisco concluye: “En definitiva, queremos comprometernos con valentía para dar vida, en nuestros países de origen, a un proyecto educativo, invirtiendo nuestras mejores energías e iniciando procesos creativos y transformadores en colaboración con la sociedad civil. En este proceso, un punto de referencia es la doctrina social que, inspirada en las enseñanzas de la Revelación y el humanismo cristiano, se ofrece como base sólida y fuente viva para encontrar los caminos a seguir en la actual situación de emergencia. Tal inversión formativa, basada en una red de relaciones humanas y abiertas, debe garantizar el acceso de todos a una educación de calidad, a la altura de la dignidad de la persona humana y de su vocación a la fraternidad. Es hora de mirar hacia adelante con valentía y

esperanza. Que nos sostenga, por tanto, la convicción de que en la educación se encuentra la semilla de la esperanza: una esperanza de paz y de justicia. Una esperanza de belleza, de bondad; una esperanza de armonía social. Recordemos, hermanos y hermanas, que las grandes transformaciones no se construyen en el escritorio. Hay una “arquitectura” de la paz en la que intervienen las diversas instituciones y personas de una sociedad, cada una según su propia competencia, pero sin excluir a nadie. Así tenemos que seguir: todos juntos, cada uno como es, pero siempre mirando juntos hacia adelante, hacia esta construcción de una civilización de la armonía, de la unidad, donde no haya lugar para esta virulenta pandemia de la cultura del descarte”.

4. A estos tres textos “fundacionales” podríamos añadir muchos otros del magisterio pontificio. Ya en la Encíclica *Laudato Si'*, el Papa Francisco afirmó que “la educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza” (LS 215).

En el Discurso a los participantes en el Seminario sobre “Educación: el Pacto mundial”, organizado por la Pontificia Academia de Ciencias Sociales el 7 de febrero de 2020, tras reconocer los esfuerzos y avances que se han dado en algunos países, Francisco no deja de señalar que “la educación sigue siendo desigual entre la población mundial. La pobreza, la discriminación, el cambio climático, la globalización de la indiferencia, las cosificaciones del ser humano marchitan el florecimiento de millones de criaturas”. Más aún, “cada generación debería reconsiderar cómo transmitir sus saberes y sus valores a la siguiente, ya que es a través de la educación que el ser humano alcanza su máximo potencial y se convierte en un ser consciente, libre y responsable. Pensar en la educación es pensar en las generaciones futuras y en el futuro de la humanidad; por lo tanto, es algo que está profundamente arraigado en la esperanza y requiere

generosidad y valentía”. En efecto, educar no es solamente transmitir conceptos, “sino que es una labor que exige que todos los responsables de la misma —familia, escuela e instituciones sociales, culturales, religiosas...— se impliquen en ella de forma solidaria. En este sentido, en algunos países se habla de que está roto el pacto educativo porque falta esta concurrencia social en la educación. Para educar hay que buscar integrar el lenguaje de la cabeza con el lenguaje del corazón y el lenguaje de las manos. Que un educando piense lo que siente y lo que hace, sienta lo que piensa y lo que hace, haga lo que siente y lo que piensa. Integración total. Al fomentar el aprendizaje de la cabeza, del corazón y de las manos, la educación intelectual y socioemocional, la transmisión de los valores y las virtudes individuales y sociales, la enseñanza de una ciudadanía comprometida y solidaria con la justicia, y al impartir las habilidades y el conocimiento que forman a los jóvenes para el mundo del trabajo y la sociedad, las familias, las escuelas y las instituciones se convierten en vehículos esenciales para el empoderamiento de la próxima generación. Entonces sí, no se habla ya de un pacto educativo roto. El pacto es este. Hoy está en crisis, está roto lo que he llamado el “pacto educativo”; el pacto educativo que se da entre la familia, la escuela, la patria y el mundo, la cultura y las culturas. Está roto, y muy roto; y no se puede pegar o recomponer. No se puede zurcir, sino a través de un renovado esfuerzo de generosidad y acuerdo universal. El pacto educativo roto significa que sea la sociedad, sea la familia, sean las distintas instituciones que están llamadas a educar delegan la decisiva tarea educacional a otros”. “Hoy estamos llamados, de alguna manera, a renovar y reintegrar el esfuerzo de todos —personas e instituciones— por la educación, para rehacer un nuevo pacto educativo, porque solamente así podrá cambiar la educación”. Y en este contexto, “la familia necesita ser valorada en el nuevo pacto educativo, puesto que su responsabilidad ya comienza en el vientre materno, en el

momento del nacimiento. Pero las madres, los padres —los abuelos— y la familia en su conjunto, en su rol educativo primario, necesitan ayuda para comprender, en el nuevo contexto global, la importancia de esta temprana etapa de la vida, y estar preparados para actuar en consecuencia. Una de las formas fundamentales de mejorar la calidad de la educación a nivel escolar es conseguir una mayor participación de las familias y las comunidades locales en los proyectos educativos”. También hay que resaltar la misión de los docentes, que “son “artesanos” de las futuras generaciones. Con su saber, paciencia y dedicación van transmitiendo un modo de ser que se transforma en riqueza, no material, sino inmaterial, se va creando al hombre y mujer del mañana. Esto es una gran responsabilidad. Por lo tanto, en el nuevo pacto educativo, la función de los docentes, como agentes de la educación, debe reconocerse y respaldarse con todos los medios posibles. Si nuestro objetivo es brindar a cada individuo y a cada comunidad el nivel de conocimientos necesario para tener su propia autonomía y ser capaces de cooperar con los demás, es importante apuntar a la formación de los educadores con los más altos estándares cualitativos, en todos los niveles académicos”.

5. Dos semanas más tarde, en el Discurso del 20 de febrero a los participantes en la asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica, el Papa da nuevas pistas y señala que “la educación es una realidad dinámica”, orientada “al pleno desarrollo de la persona en su dimensión individual y social”, y señala cuatro rasgos típicos de dicho proceso: es “un movimiento ecológico” por cuanto tiene como finalidad llevar a la persona “al conocimiento de sí misma, de la casa común en la que vive, y sobre todo al descubrimiento de la fraternidad como relación que produce la composición multicultural de la humanidad, fuente de enriquecimiento mutuo. Metodológicamente, la educación es incluyente, pues “va hacia todos los excluidos: por la pobreza, por la vulnerabilidad

debida a guerras, hambrunas y desastres naturales, por la selectividad social, por las dificultades familiares y existenciales. Una inclusión que se concretiza en acciones educativas a favor de los refugiados, de las víctimas de la trata de seres humanos, de los migrantes, sin distinción alguna de sexo, religión o etnia”. “Otra característica de la educación es la de ser un movimiento pacificador, portador de paz”. “Por eso, la educación está llamada con su fuerza pacificadora a formar personas capaces de comprender que la diversidad no obstaculiza la unidad, sino que es indispensable para la riqueza de la propia identidad y de la de todos. “Otro elemento típico de la educación es el de ser un movimiento de equipo. Nunca es la acción de una sola persona o institución”. Por todo ello, “el pacto educativo no debe ser un simple ordenamiento, no debe ser un “recocido” de los positivimos que hemos recibido de una educación ilustrada. Debe ser revolucionario”.

Podríamos seguir entresacando textos del mismo calibre de numerosas alocuciones de este jesuita argentino elegido como sucesor de Pedro. Al tema se refiere en varios contextos, cuando se dirige a grupos de jóvenes, de maestros, de padres de familia, cuando escribe a instituciones internacionales, cuando recibe a Jefes de Estado o a embajadores, cuando se encuentra con instituciones educativas, con religiosos que tienen un carisma especial por la educación o con iniciativas tan cercanas a su corazón como las *Scholas Ocurrentes*. Pero conviene detenernos aquí para desarrollar algunos elementos hacia el futuro.

### **El “Postexto” del Pacto Educativo Global**

Con este pretendido neologismo, quiero proyectar en el horizonte tres implicaciones que se derivan de la Propuesta del Pacto Educativo Global del Papa Francisco y que pueden ayudar a concretarlo:

## La fe como dinamismo motivador

Conocido el texto y el contexto de la, es importante tratar de profundizar en su significado más profundo y en lo que ello exige de nosotros. Y por “nosotros”, me refiero a los creyentes. Con esto no quiero presentarme como parcializado o “sectario” en la lectura de sus implicaciones, sino que pretendo partir de la identidad de quienes recibimos y acogemos sus palabras. Al igual que Jesús hablaba a los discípulos y a los judíos, a los que lo seguían y a los que tramaban contra él, y dirigía sus palabras para que el que tenga oídos oiga”, el Papa se dirige a creyentes y a paganos, a las instituciones comprometidas en la visibilización del Reino y a todas las personas de buena voluntad.

Así lo hizo el Concilio Vaticano II y así lo ha hecho la Iglesia a lo largo de la historia. Y las implicaciones para las personas y comunidades son distintas según la perspectiva que se asuma y la actitud con la que se acojan las palabras. Es el misterio de la comunicación y del diálogo. Por eso la propuesta del Papa Francisco puede sonar distinto si llega a oídos de un musulmán o de un budista, de un católico o de un protestante, de un creyente o de un agnóstico. Y por más englobante que sea, puede suscitar suspicacias, recelos, resistencias y hasta malas interpretaciones. Unos la pueden considerar intrusiva, irrelevante, poco pertinente, anacrónica o manipuladora, mientras que otros la pueden percibir como valiosa, oportuna, audaz y necesaria.

Yo quiero invitarlos a profundizar en el Pacto Educativo Global desde una perspectiva de fe, es decir, como creyentes y miembros de la Iglesia Católica que acogemos el magisterio del sucesor de Pedro y que tratamos de discernir las implicaciones y exigencias de este desafío que el Papa nos propone. Porque en últimas, no se trata de otra cosa. Como pastor de la Iglesia Universal, el Papa está señalando una realidad que percibe en este

contexto de la humanidad, una urgencia manifiesta en este momento de la historia, y como buen hijo de San Ignacio, nos está retando a vivir procesos de discernimiento, individual y comunitario, para que el proyecto de Dios se siga realizando en el mundo.

Francisco dirige su propuesta a toda la humanidad, pero a nosotros, los creyentes, nos está invitando a ser protagonistas de una revolución, de un cambio radical, que exige una conversión personal y comunitaria, una conversión en la que la educación es el “pretexto” –en el mejor sentido del término- para que el Evangelio, la buena noticia, se haga cada vez más visible en el mundo. No olvidemos que en últimas, el Evangelio es llamada a la conversión (cf. Mc 1, 15). Y aunque la humanidad ha dado pasos de gigante y son visibles los progresos que se han dado, es mucho lo que falta para construir una sociedad más justa y fraterna.

El Papa no habla como director de una ONG para promover la universalización y gratuidad del sistema educativo. No pretende una religiosidad o una fraternidad universal al estilo de los masones. No promueve un bienestar generalizado ni se une a unas metas de desarrollo sostenible en el simple horizonte material o económico. No.

El Papa Francisco es un pastor convencido del proyecto universal y salvífico de Dios (cf. 1Tim 2,4), e invita a los creyentes en primer lugar, a sacudirnos del sopor de la rutina para asumir un desafío que ya está explícito en nuestra unción bautismal que nos hace sacerdotes, profetas y reyes: el desafío de realizar el proyecto salvífico de Dios para toda la humanidad. Si miramos con fe la historia, nuestra propia historia, si asumimos con seriedad la pregunta por el sentido de la vida, descubriremos el profundo sello sacramental de la existencia: no somos un accidente fortuito, un acaso del destino, un casual fruto del azar. No. Desde antes de estar en el vientre de nuestra madre ya existíamos en la

mente de Dios, que nos puso en este mundo con una finalidad concreta: ser sacramento de su amor, presencia representativa de su misericordia.

Reflexiónelo en profundidad y percibirán cómo esta perspectiva de fe da una nueva orientación a nuestra vida. Quienes hemos experimentado la grandeza y gratuidad del amor de Dios, cuando “saboreamos” cada bocado de comida, el aire que respiramos, la luz que percibimos, la alegría que compartimos, nos sentimos llamados a “contagiar” ese nuevo horizonte de comprensión y a llenar de luz la existencia de quienes pasan lánguida y mecánicamente las horas y los días, de quienes sufren por la explotación o la marginación, de quienes se hunden en la depresión y la soledad, de quienes padecen enfermedades y tragedias. ¿A quién de nosotros no nos ha cambiado la vida una palabra sabia o un consejo o una ayuda que recibimos de nuestros padres, de nuestros maestros, de nuestros amigos e incluso de desconocidos? De la misma manera, Dios necesita de nuestras manos, de nuestra inteligencia, de nuestro entusiasmo para hacerse presente en el mundo, para que vivamos como hijos suyos, como verdaderos hermanos, para que realicemos todo el potencial que tenemos como personas. Ese es el verdadero desafío del Pacto Educativo Global.

### **La educación como proceso global**

Esa dinámica permanente de autodescubrimiento del ser como ser para los demás, connatural a la existencia humana o explicitada por la fe del creyente, es lo que podemos llamar educación. Por eso el Papa insiste en que la educación no se restringe a las paredes del aula, no se limita a los contextos de las instituciones educativas, no es sólo responsabilidad de los maestros, sino que vincula a todos los componentes de la sociedad, a los políticos, a los responsables de los medios de comunicación, a los padres de familia, a los cuidadores y a todos los que formamos parte de este sistema social que nos hace interdependientes y co-responsables los unos

de los otros. Evocando el mensaje de la bendición extraordinaria que nos regaló el Papa Francisco el 27 de marzo del año pasado, estamos en la misma barca. Y si no estamos en la misma barca, estamos en el mismo mar, compartimos la casa común y afrontamos la historia que nos vincula, el presente que nos desafía y el futuro que estamos llamados a forjar.

No siempre somos conscientes de dicha interdependencia, explicitada en múltiples campos del saber por la Teoría general de sistemas, y por eso lo más fácil es restringir la educación a unos períodos iniciales, confinarla a unas instituciones o delegarla en unos cuantos “especialistas”. Pero si ampliamos el horizonte al profundizar en la propuesta del Pacto Educativo Global, nos descubriremos todos desafiados en el compromiso revolucionario de transformar nuestro mundo en una escuela permanente, donde todos aprendemos y donde todos tenemos mucho que enseñar. Donde las ideas son importantes, pero el ejemplo forma y además, arrastra. Donde el amor es el que mueve y el servicio es el que da sentido al movimiento. Donde la solidaridad está por encima del lucro y la ganancia. Donde la fraternidad vence las diferencias y las discordias.

En este proceso, las instituciones educativas juegan un papel protagónico, pero tienen que ser repensadas en su funcionamiento, en su estructura, en su pedagogía, en su didáctica. Es necesario idear nuevas alternativas, hacerle reingeniería a los procesos, cuestionar los sistemas evaluativos. No vamos a cambiar el mundo si no cambiamos la educación, pero esto no se va a lograr imponiendo leyes sino forjando pactos, alianzas y compromisos.

En la revolución que propone el Papa Francisco, los creyentes y las instituciones católicas debemos tomar la iniciativa y fortalecer actitudes dialógicas y propositivas. Se trata de vincular organismos, personas e instituciones, no a un nivel teórico o ideológico sino en el campo práctico,

vital y concreto. En tal sentido, la propuesta es como el broche que articula todo el Magisterio de Francisco con su última Encíclica, *Fratelli Tutti*, pues sólo un nuevo camino educativo, fruto del compromiso personal y conjunto, centrado en la familia y basado en la capacidad de escuchar y de dialogar, puede vencer la cultura inhumana del descarte, superar la actitud individualista del derroche, enfrentar el desastre generado por la pandemia del coronavirus y reconstruir la fraternidad originaria que hace visible el proyecto de Dios para la humanidad.

Como lo mencionaba al plantear el tema de la pedagogía ignaciana, la propuesta del Papa no entra en los detalles, no contiene “fórmulas mágicas” ni “recetas de cocina” Francisco no está proponiendo un manual de instrucciones ni un procedimiento minucioso para ser cumplido al pie de la letra. Lo que hace es lanzar un desafío a la humanidad para que con imaginación y creatividad todos nos comprometamos a concretar esa transformación en los distintos niveles en los que nos movemos: en las veredas, localidades, municipios, departamentos y a nivel nacional; en nuestras parroquias y en cada una de las jurisdicciones eclesíásticas, en las escuelas, colegios y universidades; en los centros educativos y en los órganos de gobierno; en los entes legislativos y en los círculos generadores de cultura; entre los que manejan la información y entre los que producen tecnología, entre doctores y analfabetas; entre los jóvenes y los abuelitos, entre los líderes sociales y los operarios de las fábricas. El planteamiento de base es la convicción de que un futuro distinto de lo que vivimos en el presente es posible si todos nos comprometemos, porque la educación es sembrar la semilla de la esperanza en el corazón de las nuevas generaciones y para ello se requiere un nuevo pacto social que asuma la educación como un proceso vital y siempre inacabado, orientado al servicio y a la construcción de comunidades más justas y fraternas.

## Hacia un nuevo humanismo integral y dialógico

Reitero que el desafío del Pacto Educativo Global constituye una propuesta revolucionaria. No se trata de ser iconoclastas, de abrir espacios a complejos adamíticos o de descalificar gratuitamente lo que existe, sino de continuar construyendo y de avanzar en la proyección de un nuevo humanismo, que dé un horizonte mayor y se plantee como alternativa viable al seductor individualismo, al convincente positivismo, al empirista científicismo y al rampante capitalismo. Un humanismo integrador que vincule unidad y diversidad, que asuma identidad y alteridad, que articule comunión y diferencia (como en el misterio de la Trinidad!). Un humanismo que sea capaz de hacer silencio para escuchar, pero que no tema hablar cuando es necesario, que haga de la acción comunicativa, del discernimiento constante y del perdón sincero, el camino para forjar alianzas, para aunar esfuerzos, para vincular voluntades en la construcción de un nuevo paradigma educativo que genere una nueva sociedad, más justa, pacífica y fraterna.

Se requiere en todos los niveles, poner el énfasis en la persona en su búsqueda de sentido, en su dimensión relacional, social y comunitaria, y una educación que forme para la libertad, que enseñe la apertura a la trascendencia, que eduque la conciencia, que se abra a la diferencia, que se fundamente en el diálogo, la fraternidad y el perdón, que se oriente siempre al servicio especialmente de los más necesitados, al bien común y a la construcción de la paz. Ese es el triple coraje que presupone el Papa Francisco en el *Mensaje de lanzamiento* del Pacto: el coraje de poner a la persona en el centro; el coraje de invertir las mejores energías con creatividad y responsabilidad, y el coraje de formar personas que encuentren en el servicio el sentido de su ser y su quehacer. Y eso se logra, en últimas, aplicando la sinodalidad en la educación, porque una educación que no escucha no es educación.

La tarea que se plantea no es sencilla, pero nada en la vida que valga la pena es fácil. De hecho, educar nunca ha sido fácil. El horizonte que se plantea es ambicioso, pero todo camino se hace posible si se dan los primeros pasos. Urge cambiar el paradigma, pero no hay nada más duro de superar que la resistencia al cambio. ¡Lo que le costó a Moisés ponerle rumbo al pueblo en el desierto hacia la Tierra prometida! ¡Cuán dura fue la vida de patriarcas, jueces, reyes y profetas! ¿No murieron mártires todos los Apóstoles? ¿Y fue exenta de dificultades la vida de los Padres y de los santos de la Iglesia?

Hay que mirar la vida de Santo Domingo de Guzmán, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, o las cruces de los superiores locales, de los Padres Provinciales, de los Generales de la Orden, de los próceres de la independencia o de los líderes de las naciones... Por eso dice la Escritura: “¡Hijo mío, si quieres servir al Señor, prepárate para la prueba!” (Eco 2, 1). Es tan cierto es que “lo que nada nos cuesta hagámoslo fiesta”, como que “lo que cuesta vale!”. Fueron ellos los que forjaron la Historia sagrada, la Historia de la Iglesia, la historia de la Orden, la historia de nuestros pueblos, transformando con su tesón y coraje, con sus pactos y sus alianzas, con inteligencia y creatividad, procesos que de lo contrario habrían terminado en otra dirección. Sólo por poner un ejemplo, basta mirar la importancia trascendental del Doctor Angélico para el cristianismo y para el mundo occidental con su cambio de paradigma en la consolidación de la Escolástica y el replanteamiento aristotélico.

Es algo así lo que propone el Pacto Educativo Global: un desafío y una posibilidad de hacer realidad las palabras de la Escritura: “mirad que yo creo unos cielos nuevos y una tierra nueva” (Is 65, 17). Me viene a la mente la representación iconográfica que acompaña a Santo Domingo en la figura del perrito con una antorcha, que fue explicada a su beata madre, Juana de

Aza, como el preanuncio del fuego que su criatura extendería por el mundo (cf. Lc 12, 49).

*Mutatis mutandis*, eso es lo que propone el Pacto Educativo Global. Y en este proceso, el rol de la Universidad en general y de la Universidad Santo Tomás en concreto, es insustituible, tanto en su labor docente e investigativa como en su proyección social. Por su nombre de pretensión universal, que es en sí mismo una vocación; por la pasión predicadora de su naturaleza identitaria; por su historia y por su “decanatura” como primer claustro académico en el país; por la visión humanista y sistémica de sus programas. Hoy en día existen muchos “cátaros” que se cierran sobre sus posiciones, que miran con superioridad al que piensa distinto, que se creen poseedores de la verdad. Y como en aquel tiempo, hoy el mundo requiere no de un ejército de cruzados sino de una orden de predicadores y de una comunidad universitaria que en el ejercicio dialógico, global y permanente, estructure un nuevo humanismo, una nueva cultura que colme de plenitud el camino de la humanidad y el proyecto de Dios sobre el mundo.

### **Conclusión: El quehacer teológico y el Pacto Educativo Global**

Quiero terminar esta presentación con un esfuerzo recapitulador del quehacer teológico en el seno de esta Facultad que me ha invitado a proponer esta *Lectio*. En efecto, si todos estamos llamados a ser protagonistas del Pacto Educativo Global, y si la Universidad (y la Universidad Santo Tomás) tiene que asumir un liderazgo irrenunciable en el proceso y en las propuestas que ayudan a hacer tópica esta utopía, la Facultad de Teología tiene una responsabilidad mayor que todos los demás estamentos y personas que constituyen esta comunidad, un compromiso que debe ser su más urgente motivador. En primer lugar, por una razón

bíblica que se visibiliza en la parábola evangélica de los talentos. Y en segundo lugar, porque el mundo necesita con urgencia personas que en este nuevo momento de la historia escuchen, discernan y propongan el querer de Dios. Si ninguno de nosotros es fruto de una casualidad, mucho menos la presencia de Ustedes en esta Facultad. Y es desde ella, con esa perspectiva explícitamente teológica, desde ese horizonte de la fe, que debe reflexionarse la situación que vivimos, a la luz de la historia que nos engendró, para forjar el futuro que nos conviene. Esa *anámnesis* constante es lo que en la Escritura se denomina el “misterio”, el proyecto salvífico de Dios (cf. Ef 1, 3-10).

Vivimos en un mundo con admirables desarrollos, pero lleno también de sufrimientos e injusticias; en el continente más católico y con mayor desigualdad social; en un país desangrado por el conflicto, y marginalizado por siglos de oligarquías; a todo ello se suma el drama de la pandemia y la tragedia educativa que se cierne, pues los que más saben sabrán más (porque tienen mejores equipos y mejor conectividad) y los que menos saben sabrán menos, eternizando el vicioso círculo en el que los que tienen tendrán más y los que poco tienen tendrán menos.

Pero no perdemos la esperanza. Todo lo contrario. El Pacto Educativo Global constituye un desafío apremiante para el quehacer teológico y para esta Facultad. Se trata de un deber de justicia que como teólogos y teólogas tenemos en relación con el mundo, entendido este como realidad epifánica y sacramental. Y no sólo en razón de los ingentes problemas que se viven, sino por la necesidad de forjar alianzas para hacer una teología cada vez más pertinente y relevante: injusticia, desigualdad, marginación, pobreza, explotación, corrupción, violencia... ¿no son problemas teológicos? Polución, deforestación, contaminación, calentamiento global, pandemias, aborto, eutanasia, clonación, objeción de conciencia... ¿no exigen una reflexión – acción iluminada por la fe? Cuestiones sexuales, reproductivas

y de género, todo lo relativo a la familia, la economía, la política, la administración de justicia... ¿no ameritan un planteamiento interdisciplinario? La vida misma de la Iglesia, la evangelización en contextos virtuales, la vida sacramental en tiempos de pandemia, iniciación cristiana en un mundo secularizado, las comunidades de base, la sinodalidad como camino de renovación, la administración de bienes con fidelidad a los fines eclesiales, el escándalo de los abusos... ¿no urgen cambios estructurales en la Iglesia? Espiritualidad, moral, pastoral, liturgia, ministerio ordenado y nuevas ministerialidades, vida consagrada, formación sacerdotal, ¿no son espacios desde los que claman nuevos “signos de los tiempos”? Indiferentismo religioso, multiplicación de sectas, nuevas espiritualidades, lectura popular de la Biblia, y tantos otros fenómenos acuciantes, ¿no son estímulos apremiantes para que la teología “profesional” se haga cada vez más “pastoral” y “popular”? ¿Para que el *auditus fidei* y el *intellectus fidei* se proyecten en un radical y práctico *intellectus amoris*?

Muchos están esperando que se termine la vacunación para “volver a la normalidad”. Pero esa “antigua normalidad” nunca volverá. Un mundo nuevo emerge, una nueva realidad se está forjando, un nuevo *kairós* se vislumbra, un nuevo *locus theologicus* se manifiesta y el Pacto Educativo Global nos ofrece la posibilidad de repensar desde esta comprensión toda la teología, para que ésta haga una nueva mediación con esa nueva matriz cultural, en términos lonerganianos, y para que desde la teología se repiense la actual comprensión académica y vital. Es mucho lo que la Teología puede aportar a la Pedagogía, a las Humanidades, a las Ciencias sociales, naturales, formales y aplicadas, y es mucho lo que puede aprender de un diálogo actual y constante con todas las ramas del saber. La Teología no repite la Revelación como algo pasado. La Teología ilumina con la Revelación el decurso de la historia y discierne en esta los nuevos

“signos de los tiempos” en los que Dios va hablando. Y esto lo hará cada vez mejor en la medida en que haga más pactos con otros que le ayuden a mirar mejor la realidad y a enseñar a descubrir y a practicar el querer de Dios. Sin falsos pelagianismos, pues es Dios, el primer pedagogo y educador, el que guía la historia. Pero con profunda pasión teológica y con la certeza de que en nuestras manos está el ser los artesanos de su proyecto de salvación.



En edición

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 | DOI: <https://doi.org/10.15332/25005413>

Vol. XII N.º 1 | enero-junio de 2021